

Didier Franck, *Dramatique des phénomènes*, Paris, Presses Universitaires de France, 2001. 163 pp.

Los seis ensayos reunidos por el filósofo francés Didier Franck bajo el sugerente título de una “dramática de los fenómenos” trabajan en una serie de problemáticas en el horizonte de una cierta forma aporética que tendría la fenomenología, no tanto en su siempre diestro desempeño como en su más íntima complejidad.

En su lectura de distintos pasajes de la obra de Husserl, Heidegger y Lévinas, Franck despierta la tentativa de someter el origen que la fenomenología se impone hacia una profundidad que, hasta cierto punto, podría parecer artificiosa en su decisión. Buscando distintos recursos para su entrada, pero siguiendo una tonalidad bien precisa, el autor no deja de volver a interrogar a la fenomenología, de movilizarla más allá de toda concepción que la suponga como mero “documento y monumento”.

A lo largo de este trabajo, se busca definir una posible manera de aproximarse a los límites estructurales del origen fenomenológico, del origen de la fenomenalidad. Tanto en *La carne y el problema de la constitución temporal*, como en *El objeto de la fenomenología* se exploran dichos límites en el análisis mismo de la constitución. Precisamente, se pondrán en entredicho los alcances esquemáticos de la constitución al examinar la constitución del tiempo. Esta última se revelará como autoafección y, por ende, como sensación. No es casual, entonces, que se vuelva relevante la carne y el cuerpo como fuente de esta sensación. Tal como señala el mismo Husserl, la carne es el medio de toda percepción y, por ende, toda interpretación teórica de la intención fenomenológica se vería allí comprometida.

En la órbita de esta irreductibilidad de la carne y del cuerpo podría tener lugar una cierta hipótesis de conjunto para estos ensayos. En esta torsión sobre el cuerpo, torsión provocada en el seno mismo de la constitución y la intencionalidad, se abre paso un dominio muchas veces descuidado de la práctica fenomenológica. Un dominio circunscrito por aquello que haría posible toda fenomenalidad, aquello que asistiría al nacimiento del fenómeno, hasta cierto punto perdiendo su imbricación con él. Franck describe esto, por ejemplo, como una obliteración del carácter dramático del instante: siguiendo en esto a Lévinas, se trataría de escrutar el instante del acontecimiento que da lugar al fenómeno.

Más aun, si se trata aquí de anteponer un proyecto que discurra por esta serie de ensayos, éste se volvería más notorio en la referencia hecha al cuerpo como “advenimiento mismo de la conciencia” (Lévinas), como un cuerpo que localiza y sitúa inevitablemente una irrupción radical. Cuerpo que es, así, cuerpo de la diferencia, tal como lo señala uno de los ensayos de este libro, siguiendo sutilmente su doble genitivo, objetivo y subjetivo. Cuerpo que distingue su posición como instante presente, despojado de toda trascendencia, solitario al resistir el tiempo. En este punto, toda investigación fenomenológica tendría que enfrentarse con la cuestión de su fundamento, con la cuestión del nacimiento de un fenómeno. En suma, con los contenidos sensibles o primarios que se ven animados por cada aprehensión intencional y objetivante.

El dato hylético no podría nacer sin la intención que lo anima, sin la donación de sentido que posibilita su constitución como objeto *para* la conciencia. Pero una vez asumida la constitución como problema de la fenomenología se haría urgente plantear una explicación para la constitución de la *hylé*. Será del todo oportuno dirigirse a este problema, intentando exponerlo remitiendo a la actividad de constitución como fuerza e intensidad de la impresión originaria que, para Husserl mismo, es la energía de la vida trascendental absoluta. Este proceder nos pondría sobre la pista de una cierta postergación del fenómeno, en beneficio de las operaciones que lo hacen posible. Como si de un umbral se tratase, la metáfora liminar convendría aquí en razón del reconocimiento de la seguridad de un “principio de los principios”, cuya seguridad misma consistiría en abrir un más allá del fenómeno en el instante mismo en que se erige la decisión de su conservación.

Una vez atendida la dirección de este problema, ya no es asombroso pensar el lugar que el reclamo nietzscheano sobre el cuerpo y la intensidad de las fuerzas podría llegar a ocupar aquí. Si la sensación y el sentido pertenecen a un *continuum* inseparable, irremediablemente inseparable en su explicación, una sensación que se ofrece como materia prima del tiempo y de la intencionalidad, y un sentido que porta siempre toda intención, se podría mostrar en esta zona de entrevero de la fenomenología, una intensidad pulsional que subyace al movimiento intencional, traspasándolo de un lado a otro, sin desligarse nunca de la constitución fenoménica. Como se discute en *Más allá de la fenomenología*, la relación entre *hylé* y *morphé* podría ser entendida en su radical proximidad como la diferencia de intensidades que habita toda intencionalidad, como un *continuum* de sensaciones regidas por valoraciones, donde la institución del sentido ya no puede separarse más de la fuerza, donde el análisis constitutivo se transforma en morfología de la voluntad de poder.

Franck se pregunta entonces si la carne no es quizá un obstáculo para la constitución perfecta y acabada a la que gustaría apuntar la fenomenología, una carne que compete a una irreductible facticidad originaria a toda constitución en general, que ya se encuentra constituida desde que por ella se interroga. La carne se asoma como fuente de toda constitución y, sin embargo, parecería ser el índice de mayor mundaneidad. Si la carne es autoafección y, simultáneamente, origen del tiempo y de la subjetividad, el modelo de la constitución se vuelve fenomenológicamente indeterminable. O, como dice Franck, “la fenomenología no puede describir su centro, y su sentido más propio escapa a su jurisdicción”. Pero esto dista de proclamar un abandono triunfal del descubrimiento husserliano. El problema de fondo es que habría que describir una constitución de la fuerza (*hylética*) y que nada en la fenomenología husserliana –que plantea dicha exigencia de dar cuenta de la constitución– permitiría describir una “intensidad de la intencionalidad”. Cuestión de una temprana afinidad entre *intensio* e *intentio* que revela una salida posible a la fenomenología en una todavía emergente analítica de la intensidad discernible en cada intención.

Ahora bien, para el autor se trata de volver inteligible esta intensidad. Intensidad que sería decisiva, por ejemplo, al examinar su ensayo sobre Heidegger, *El ser y lo viviente*, en donde la cuestión del *ekstasis* temporal esencial al *Dasein* es cuestionado al entrever su inevitable parentesco con la carne y el cuerpo del animal. Si el

animal no se atiene al tiempo, como Heidegger sostiene en algunos de sus escritos, significaría que el viviente encarnado que somos es existencialmente inconcebible en esta dimensión de la corporalidad. Si la animalidad no se encuentra constituida por un tiempo, se puede entrever que la movilidad de lo viviente podría escapar a una temporalidad vulgar e incluso a una ekstática. La carne y el cuerpo podrían ofrecerse, entonces, como singular exposición de los límites del pensamiento del ser. Y no se trata de una tarea menor, desde el momento en que, en el nombre mismo de la racionalidad, aún cabría pensar la parte animal del *animal rationale*.

Lo que a primera vista podría aparecer como una amenaza de abandono del proyecto fenomenológico se confirma, al mismo tiempo, como una poderosa profundización de sus motivos. La detención sobre el cuerpo, detención que busca exponer la pulsión que subyace a todo sentido, trataría de mantenerse en la explicitación del absoluto trascendental, de esa subjetividad que requiere ser recorrida por su propia intensidad para ser verdaderamente constituyente. Tal como Franck lo plantea hacia el final del ensayo que cierra este volumen, el cometido de “describir las estructuras ontológicas se vuelve, entonces, en describir las situaciones concretas que las ponen en escena, y la descripción articula el conjunto de dichas estructuras igual como situaciones que se encadenan unas a otras de manera dramática”. Ahí es donde la indagación sobre el cuerpo y la carne, a la cual Franck ha dedicado todo su pensamiento, se transforma en la apertura de par en par del “tejido de la inteligibilidad misma” (Lévinas). Ahí es donde una insistencia –como la fuerza de la pulsión misma– deviene problema, problema cuya interminable generación podría no tener solución en sus respuestas.

CRISTÓBAL DURÁN R.